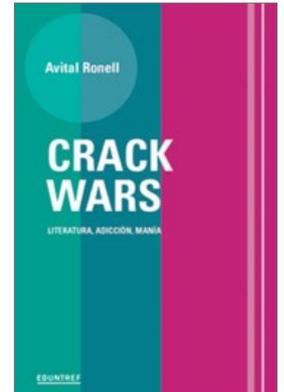


# Sobre *Crack Wars. Literatura, adicción, manía*, de Avital Ronell

Pablo Farneda  
Universidad de Buenos Aires  
pablofarneda@hotmail.com

Reseña de *Crack Wars. Literatura, adicción, manía*, Buenos Aires: Eduntref, 2016. 215 pp.



El libro *Crack Wars*, escrito por la crítica norteamericana Avital Ronell y publicado originalmente en 1992, ha sido editado recientemente en Argentina. Algo que tal vez ha vuelto necesaria su publicación aquí hoy reside en su capacidad para leer, desde la crítica literaria, los estudios culturales y la filosofía contemporánea, dimensiones de un presente acuciado por retóricas de la guerra contra las drogas, la lucha contra el narcotráfico, y la insistencia en volver impensables los regímenes de experimentación y auto-experimentación de las subjetividades por fuera de los protocolos establecidos desde la sociedad farmacológicamente administrada.

Este ensamble/ensayo (veremos por qué) señala un punto de inflexión de la historia contemporánea para pensar la subjetividad moderna: el momento en que, a principios de los años 90, el gobierno norteamericano incorpora la retórica de la guerra contra el crack, que pasa a funcionar como articulación tecnológica de la diferencia racial. Podríamos incluso señalar la prehistoria de esta tecnología de racialización, que Ronell omite, y que se encontraba ya presente en la persecución del cultivo de cáñamo en todo el territorio norteamericano desde el comienzo de los años 30, asociando su cultivo y consumo directamente a las comunidades mexicanas y afrodescendientes en todo el sur de Estados Unidos, y a estas con la delincuencia. Pero retomando el *crack* como el punto de inflexión elegido por Ronell, ella encuentra y construye una extraña y compleja resonancia con un momento anterior, que revelaría la estructura moderna de la adicción por excelencia: la emergencia de Emma Bovary, subjetividad conminada a ser, en términos que podemos tomar prestados de Baudelaire, absolutamente moderna.

Y aquí los ensambles. Avital Ronell no dudará en hacernos pasar por diferentes experiencias de intoxicación escritural, que van del registro filosófico heideggeriano, a la ficción *cyber-punk*, de la crítica literaria a la escritura de los márgenes y en los márgenes de su propio libro,

comentando, repreguntando, extrañando y contrapunteando el texto “principal”, si algo así hubiera aquí. El libro mismo funciona como paseo esquizo, deriva alucinada por distintos registros escriturales, citas comentadas y grandes espacios en blanco que, como Mallarmé estableció para la literatura moderna, hacen allí también sentido y sinsentido.

Heidegger le permite a Ronell entrever o dilucidar la estructura de la adicción, lo que incluso aparece como tecnología: el funcionamiento, que es independiente de una sustancia concretizada o materializada, sino más bien la experiencia de una inclinación del *Dasein*, un ser ahí arrojado que se inclina sobre su apetito más allá del objeto. Una compulsión a salir de sí que estaría vedada por el aparato de conservación identitaria y cultural. Por eso Bovary se convierte en el caso testigo, allí en donde más desapercibida pasa la estructura de la adicción: la compulsión de dicho personaje reside en la experiencia continua de un espacio ficcional, “experiencia sin experiencia”, sin verdad, dirá la autora.

Esto es lo insoportable para el régimen de visibilidad: la excentricidad que producen las drogas: la relación, no tanto con un afuera radical, otra dimensión, sino con una nueva dimensión de interioridad, una auto-experimentación. En esta experiencia, drogas y literatura aparecen ambas sospechadas de peligrosas, llamadas al banquillo de los acusados, demandadas a responder en un juego de interpelaciones del que no hay escapatoria. Vale una cita para desentramar algo de esta trama enrevesada: “Bajo el significante compacto ‘drogas’, los Estados Unidos están librando una guerra contra una serie de intrusiones sentidas. Tienen que ver sobre todo con la deriva y el contagio de una sustancia extraña, o de lo que se revela como extraño”. Así también debe ser pensada la literatura y su operatoria de tráficos, con la que las drogas comparten, al decir de la autora, una misma línea, dependen de tecnologías similares y a veces sufren los mismos castigos ante la ley, tomando como casos el del propio libro de Flaubert aquí abordado, o *El almuerzo desnudo* de William Burroughs.

A su vez, algunas escenas de ficción *cyber-punk* nos presentan implícitamente a una escritora haciendo arqueología, encontrando viejos documentos entre restos y basura tecnológica al mejor estilo de las distopías propias de los años 80, imaginario contextual de escritura de este libro. ¿Qué estéticas tendrían esas distopías hoy? ¿Serían más bien distopías de superficies lisas, blancas, con manzanas y espejos negros? ¿Será que nuestras distopías contemporáneas, al estilo *Black Mirror*, *Ex-Machina* e incluso *Her* (del director Spike Jonze), han desistido de hablar de la basura? Avital Ronell encuentra en aquel imaginario de los 80 la posibilidad de una pista sobre Bovary, un punto de partida para la estructura de la adicción en una pasada modernidad.

Y es que la droga, como la ficción, pone en marcha toda una economía improductiva que jaquea los límites de la propiedad y, fundamentalmente, como señala la autora, de la propiedad de los cuerpos y

las zonas de jurisdicción que los recubre: ficción, adicción y suicidio sacan a la luz las más desarrolladas tecnologías de administración y control sobre dichas jurisdicciones. El cuerpo es justamente una “zona” de indistinción entre propiedad y experiencia impropia. Estas reflexiones, que tendrán un auge a partir de pensamientos como los de Jean-Luc Nancy y Judith Butler en los últimos años, aparecen aquí ya señaladas a comienzos de los 90 por Ronell.

Así es como este ensamble/ensayo nos invita, hacia el final, casi a espiar las conversaciones entre personajes reunidos en distintas escenas, discutiendo y repensando la condición narcótica de nuestra modernidad, en la que no faltará una charla entre Jünger, Heidegger y Derrida, Marguerite Duras, Emma Bovary, la paciente Irma y el Dr. Freud, Nietzsche y hasta Santa Teresa, que aparecerá “conectada” en alguna conversación a modo de una sala virtual.

Avital Ronell no ha dudado en producir una hibridación de los géneros en su escritura, allí donde los géneros no llegan a decir por sí mismos las zonas fronterizas que la autora desea expresar. Los cambios de tipografías, el humor y la utilización irreverente de autores, perspectivas filosóficas y huellas de la crítica literaria colocan a este libro en posición excéntrica respecto de los habituales textos de crítica y estudios culturales.

La traducción y el impecable estudio preliminar ha estado a cargo de Mariano López Seoane, quien contextualiza y brinda una excelente introducción a la obra de la autora, poniendo en relación este texto con la genealogía de sus desarrollos críticos y filosóficos.

Este libro entra en una trama de resonancias complejas con las cuales puede medirse, discutirse y tensionarse, desde las reflexiones de Guattari y Deleuze sobre las drogas y los protocolos de experimentación de un cuerpo sin órganos (CsO) presentes en *Mil Mesetas* (publicado por primera vez en 1980), a los diarios de auto-intoxicación con testosterona que realizara Paul B. Preciado en *Testo Yonqui* (2008) para formular su noción de sociedades fármaco-pornográficas, pasando por el auge que ha tenido en las últimas dos décadas la noción foucaultiana de biopolítica, y que incluye autores heterogéneos como Giorgio Agamben, Roberto Esposito y Nikolas Rose.

En esta constelación de reflexiones emerge un libro singular escrito en un estilo singular. Un modo que no renuncia a la dimensión poética del lenguaje en medio de una proliferación académica adaptativa, allí donde hemos naturalizado “la miseria de la teoría despojada de la poesía”: “En tanto síntoma, la aberrante disociación de poesía y teoría refleja una creciente tecnicización, para no decir empobrecimiento, del lenguaje crítico” (14). Allí Avital Ronell *apuesta al juego*, sin más, estructura adictiva si las hay. Allí simplemente no ha podido evitar desafiar el límite.